

JUAN ARANA

TEOLOGÍA
PARA
INCRÉDULOS

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2020

ÍNDICE GENERAL

Prólogo, por Olegario González de Cardedal	11
Prefacio	21
1. Un día importante	27
2. Cartas de un profesor que recobró la fe a un antiguo alumno que la ha perdido	31
3. Patronos de la esperanza	43
4. «Lourdes».	47
5. Argumentos para demostrar la existencia de Dios	55
6. ¿Y la libertad?	59
7. La inmodestia del relativismo	67
8. Terrores nocturnos	71
9. Crónica de un estreno de «La Pasión» de Mel Gibson	79
10. El problema del mal	85
11. La antipatía de los creyentes	101
12. El clericalismo	107
13. Las penas eternas del infierno	119
14. Crímenes en la Iglesia	127
15. Judas	141
16. ¿Para qué sirve la religión?	151
17. Sobre la fe del rebaño y las dudas de los pastores	163
18. Religión y enfermedad mental	167
19. Experiencias extraordinarias	173
20. Cuesta abajo	177

PRÓLOGO

En este libro, ¿quién habla? Un filósofo. ¿De qué se propone hablar? De Dios, de su relación con el hombre y de la relación, posible o imposible del hombre con él. ¿Y a quién se dirige? A quienes no creen en Dios, o creen no poder creer o queriendo creer no encuentran el camino para llegar a una fe fundada, serena y gozosa. Ahora bien, ¿con qué derecho o con qué deber habla un filósofo de Dios?

I

La historia de Europa es la historia de filósofos que han hecho teología, es decir, quienes desde la ejercitación de la inteligencia común a todos los hombres se han sentido necesitados y obligados espiritualmente a preguntar por Dios, ya que sin responder a la pregunta por su existencia y por su relación con el hombre no veían posible dar última razón de la realidad, del mundo y del destino del hombre como ser personal, que es finito, mortal, pero a la vez siente necesidad del Infinito, anhelando conocerle. El hombre necesita verdad y sentido, esperanza y salvación. No puede resignarse al sinsentido, a la mentira radical, a la prevalencia de la injusticia, a la nada como palabra suprema. En esa necesidad inderogable es donde la pregunta por Dios tiene su lugar propio. ¿O es que solo los teólogos pueden hablar digna y objetivamente de Dios? En Occidente la filosofía y la teología han ido unidas. Los más grandes de nuestra cultura han

pensado a Dios desde el hombre y al hombre desde Dios, de tal forma que no es fácil decir si un autor es solo filósofo o solo teólogo. Filosofía y teología son diferenciables, pero cuando ambas piensan hasta el fondo se encuentran refiriéndose a la misma realidad, aun cuando el lenguaje de cada una de ellas suene diferente. San Agustín, san Anselmo, santo Tomás, Eckhart, Pascal, Leibniz, Kierkegaard, Newman, Rahner, Balthasar, ¿qué son: filósofos o teólogos? De haber podido preguntárselo a ellos, hubieran rechazado la pregunta y respondido que no se puede pensar el ser, el hombre y la historia hasta el fondo sin que la realidad de Dios aparezca en el horizonte, como pregunta posible, teóricamente legítima, y como respuesta igualmente legítima. Los filósofos han reclamado el derecho a hablar de Dios desde su propio punto de vista. Hay dos casos ejemplares de esa reclamación de la cuestión de Dios por parte de los filósofos, sin que ello supusiera negar la teología, más aún: dando por supuesto que ambas son en su diversidad igualmente legítimas y necesarias. Descartes, en la carta dirigida a los profesores de la Facultad de teología en la Sorbona (París) que antepone a sus *Meditaciones metafísicas*, les reconoce la misión de hablar desde la fe, mientras que él como filósofo reclama su derecho a hablar desde la mera razón, mostrando además que la propia Biblia (Rom 1,20-23) reconoce como legítimo y obligado acceder a Dios desde el mundo por nuestra razón:

Todo cuanto puede saberse de Dios es demostrable por razones, que no es preciso sacar de otra parte, sino de nosotros mismos y de la mera consideración de la naturaleza de nuestro espíritu. Por todo lo cual he creído que no sería contrario a la obligación de un filósofo explicar aquí, cómo y por qué vía podemos, sin salir de nosotros mismos, conocer a Dios más fácilmente y más ciertamente que conocemos las cosas del mundo.

Esos grandes filósofos han hablado de Dios y propuesto «camino» para llegar a su conocimiento y reconocimiento como origen y fundamento del universo. Conscientes del exceso de Dios sobre todas las capacidades del hombre —y por ello de la imposibilidad de demostrarle—, no han ofrecido argumentos o pruebas demostrativas: nos han mostrado algo así como sendas en medio del bosque que, seguidas hasta el final, nos ponen ante Él. Las más conocidas de esas propuestas son las que santo Tomás llama «vías» para el conocimiento de Dios. Los caminos hay que andarlos, seguirlos, hasta llegar a la meta a la que ellos abren. El propio Heidegger en su lenguaje críptico afirmó que sus *Holzwege* —sendas en el bosque— desembocaban en una fuente. Tras decenios de aparente unanimidad por parte de no pocos filósofos en Europa rechazando la posibilidad de que la filosofía llegue a la afirmación de Dios, en el final del siglo xx nos encontramos con casos sorprendentes. Así el famoso profesor de Oxford Anthony Flew que, tras decenios de ateísmo militante, ha vuelto a la afirmación: sin una mente inteligente generadora, ordenadora, el mundo es ininteligible. ¡Y esto para gran escándalo de los ingleses ateos posmodernos bautizados como los cuatro jinetes del Apocalipsis! Y del profesor de filosofía en Berlín H. Tetens en su libro *Pensar a Dios. Un ensayo de teología racional* (Stuttgart 2015; Salamanca 2017), cuyo último capítulo lleva por título «Metafísica teísta». Aquí es necesario un discernimiento con una declaración explícita como aviso para lectores precipitados: el Dios al que llegan o afirman estos filósofos es un principio racional o espiritual reclamado como condición de inteligibilidad del universo. El Dios del que hablan los creyentes —y con ellos los teólogos— es un ser personal, libre, creador del mundo y amigo del hombre, que se ha revelado en la historia, en quien se puede creer, a quien en vida uno puede orar y al que en muerte uno puede confiarse.

II

Junto a las preguntas y respuestas la historia nos ha legado otro tipo de documentos: los testimonios personales de quienes confiesan haberse encontrado con Dios, o mejor haber sido encontrados por él. No se trata esta vez de argumentos, sino de relatos de una experiencia personal, amorosa y gozosa, recibida de Alguien que les adviene en medio de la vida, muchas veces sin buscarle y otras tras haberle buscado afanosamente. Testimonios, unos de sabios y otros de almas sencillas desconocidas por quienes vivieron alrededor de ellas, que han «santificado» su existencia y agraciado a aquellos con quienes han convivido. Testimonios también de grandes personalidades que, habiendo reconocido esas experiencias en su contenido revelador y santificador, fueron capaces de interpretarlas y luego de ofrecerlas por escrito a los demás, con rigor conceptual y dignidad literaria. Dos representantes máximos de estas experiencias *teopáticas* (es decir de conocimiento y de amor de Dios), descritas y defendidas ante sus contemporáneos, son los dos grandes místicos abulenses santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz. Su experiencia, pensamiento y palabra nos siguen ofreciendo hasta hoy el potencial de verdad y de belleza que nació de la especial comunicación de Dios a ellos y a la que ellos correspondieron con su vida y su palabra.

III

¿Y a quién dirige Juan Arana este relato, esa peregrinación, de la que nos dice «que ha durado casi toda una vida»? A quienes no creen, o creen no poder creer, o se les ha apagado la fe recibida en su infancia y juventud. Se dirige a quienes en España pensaron que la Ilustración había deslegitimado la

revelación cristiana, la historia de la Iglesia y la dimensión religiosa del hombre. Deslumbrados por acontecimientos inesperados pensaron que la historia humana marchaba en una dirección distinta de la que ellos habían vivido en la iglesia. Y desistieron de ser cristianos, manteniendo a pesar de todo un rescoldo de aquella fe con la que no quisieron romper del todo y a la que tampoco ya del todo se confían. Se dirige también a un segundo grupo: los incrédulos conscientes y decididos, que se hicieron cuestión teórica de la fe como cuestión de verdad y la rechazaron por considerarla falsa y contraria a las necesidades profundas del espíritu humano. Queda un tercer grupo de destinatarios: las nuevas generaciones que no conocieron la anterior historia hispánica y no tienen fe porque sus padres y familia no se la transmitieron, y que hoy la descubren como una positiva novedad, al verla realizada con dignidad y alegría en no pocos de sus familiares, compañeros de trabajo y amigos que son cristianos auténticos, ciudadanos y profesionales ejemplares, católicos sin resquemor alguno, sin ejercitar la sospecha permanente, sin remitirse a un cristianismo contrapuesto al catolicismo concreto ni a una hipotética iglesia distinta de la que ha existido hasta ahora y hoy sigue existiendo. Este es un libro con un lenguaje peculiar, tanto por su seriedad como por el sentido del humor con que está escrito. Y por la ironía que desde Sócrates y Platón ha sido siempre una de las formas de transmitir el conocimiento, que quien lo recibe de otro tiene luego que generar por sí mismo. El autor habla de teología como filósofo que viene de las ciencias, de las duras y de las blandas. Descartes, Kant, Leibniz, Euler, Newton... y tantos otros exponentes contemporáneos de la ciencia moderna son sus compañeros de pensamiento en ese camino de la fe que pasa hoy por la ciencia y no solo por la filosofía. Seriedad teológica, rigor filosófico y conocimiento de los saberes considerados modernos nos son igualmente necesarios hoy en España. Sin su cultivo podemos sucumbir a la

ira o al desaliento. Sería terrible que crecieran a la vez minorías fanáticas junto a una masa desinteresada intelectualmente y religiosamente indiferente o atea. Y todo esto dicho en torno a Dios por alguien que, tras distancias y silencios ante ella a lo largo de no poco años, nos confiesa haber recuperado la fe, cuya legitimidad intelectual y fecundidad se propone mostrarnos. Razonamiento y confesión van aquí trenzados; sereno testimonio de vida y sereno testimonio de fe.

IV

Quizá el lector no avezado al humor —que habla con rodeos— y a la fina ironía —tejida de alusiones— sienta la necesidad de más afirmaciones claras y distendidas que ahuyenten la posible ambigüedad, generadora de perplejidad. Quizá también eche de menos alguna alusión más explícita a los elementos afectivos, volitivos y morales, operantes en el acto y proceso de la fe, que nace de la convicción, pero no menos de la decisión y de la predilección, ya que las razones reflexivas necesarias para creer no son por sí solas suficientes. A este lector posiblemente le nazca sobre la marcha de la lectura el deseo de conocer los contenidos y razones de la teología entendida en un sentido más estricto, es decir, la que parte de la revelación positiva de Dios en la historia y de la fe recibida en la Iglesia. Ella, siendo resultado del don de Dios y del hombre abierto y receptivo, es celebrada y compartida, alimentada y proclamada en la comunidad de creyentes. *Unus christianus, nullus christianus*. Uno por sí solo, sin referencia explícita y sin formar comunidad ante Dios con los otros que son sus hermanos, no es cristiano. Esta teología entendida en el sentido específico parte de los hechos y palabras de los profetas y de los apóstoles, reconocidos como mensajeros de Dios. Las tres realidades centrales a partir de las que habla,

cuyo contenido y significado intenta comprender, son el pueblo de Israel, cuya historia nos ofrece el Antiguo Testamento, la persona de Cristo, cuyos testigos nos hablan en el Nuevo Testamento, y la Iglesia agraciada y enviada para predicar el evangelio de la salvación a los hombres. Las tres son realidades constituyentes y autoridades normativas. Al exponer las razones que abren al hombre para el conocimiento y encuentro con Dios nos hallamos ante una realidad luminosa, que nos deslumbra por su santidad y su poder. En este sentido hablamos del «exceso de Dios» sobre nuestras facultades y posibilidades. Cuanto mejor le conocemos más nos sobrecoge la distancia infinita que nos separa de él. Santidad y distancia que a la vez nos fascinan y asustan. Al hablar del «exceso positivo» de Dios no podemos callar sobre lo que constituye el mal: «exceso negativo», que dificulta la fe en él. De esa realidad del mal, que ha sido considerada como el mayor escollo para la fe en Dios, también habla nuestro autor. El ser humano siente, a la vez que la necesidad de Dios, su propia finitud, pecado y muerte. Sin Dios la vida puede tener un sentido, pero no puede responder a ciertas aspiraciones y anhelos a cuyo cumplimiento es imposible renunciar. Los filósofos y poetas han reclamado la existencia de Dios como garantía de la certeza en la verdad que aspiramos a conocer (Descartes), para que se afirme por fin la justicia y no prevalezcan los verdugos sobre las víctimas (Kant, Horkheimer), para que conciencia y ser alcancen su última identidad (Hegel). Los más grandes filósofos han reconocido su incapacidad para hablar bien de Dios, y menos aún para demostrarle. Por eso muchas veces culminan en oración suplicándole que se les dé a conocer. Saben que él nos inspira anhelar las últimas realidades bellas y buenas; y también que sin ellas no podríamos anhelarle a él como su gratuita y necesaria plenificación. «La hermosura, la verdad, la justicia, cuyo afán imposible / tú solo eres capaz de infundir en nosotros. / Si ellas murieran hoy, de la memoria tú

te borrarías / como un sueño remoto de los hombres que fueron» (L. Cernuda, «La visita de Dios»).

En la teología aquí ofrecida el centro son las razones, que nos pueden encaminar hacia el reconocimiento racional de Dios. Ellas nos ofrecen luz, pero a la vez nos hacen sentir la distancia infinita que nos separa de Él. La teología de los teólogos en sentido estricto da un paso más partiendo de la revelación de Dios no solo en la naturaleza y en el hombre, sino primordialmente en la vida, doctrina, muerte y resurrección de Jesucristo confesado como encarnación de Dios, copartícipe de nuestra naturaleza y existencia humanas. San Pablo describe la fe como la luz que brilla «en nuestros corazones y nos da a conocer la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Cor 4,6). Por eso le consideramos su máxima revelación y a su luz comprendemos otras formas de sabiduría y otras religiones. En esta teología elaborada desde la experiencia narrada en la Biblia, lo primero son las preguntas que Dios hace al hombre y luego las confronta con las que el hombre hace a Dios. El primer capítulo de la Biblia se abre preguntándole Dios al hombre, primero por su lugar y conducta: «Adán, ¿dónde estás?... ¿Qué has hecho?... ¿Quién te ha hecho ver que estabas desnudo?». Y luego: «Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?», dándole la definición del hombre (ser como misión y responsabilidad para con el prójimo): «Tú eres el guardián de tu hermano».

V

Quienes, escuchando la voz de su conciencia, ilustrada y limpia, yendo más allá de sus propios ruidos internos y de los exteriores del mundo, oigan la voz de Dios presente en su interior y consientan a su llamada, percibirán por sí mismos la convergencia entre las palabras del hombre y las del creyente. Los dos hablan del mismo Dios al mismo hombre,

que pensando cree y creyendo piensa. Para la vida y teología del cristiano, el lugar concreto del conocimiento de Dios es el rostro de Cristo, imagen visible del Dios invisible; rostro desfigurado en la cruz, que es el signo dramático de la suprema belleza expresada en la muerte realizada ante Dios en ofrenda suprema de amor y de perdón a los hombres. Al prologuista solo le queda agradecer a Juan Arana que, tras haber dedicado en la Universidad largos años a la filosofía y a la ciencia, con estas páginas nos haya desvelado retazos de su trayectoria en el camino hacia Dios, permitiéndonos iluminar desde ella el nuestro. Al lector le deseo buen viaje en esta navegación por el ancho mar de Dios para la que son necesarios vientos favorables y remos esforzados.

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL